

a Arturo Warman  
*in memoriam*

Las profundas transformaciones que ha sufrido el campo mexicano en las últimas décadas llevaron al Consejo Editorial de la revista *Alteridades* a proponer una edición sobre la problemática rural contemporánea. El doctor Arturo Warman fue el primer invitado a colaborar en esta iniciativa; sin embargo, el artículo que nos había prometido para fines del 2003 no pudo llegar.

Este número, dedicado al campo, queda notablemente incompleto sin la aguda reflexión de Arturo Warman, quien además de haber formado parte del cuerpo fundador del Departamento de Antropología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa (UAM-I), fue también un académico brillante y un investigador comprometido con la problemática rural del país. Algunos de sus alumnos –de las primeras generaciones de antropólogos de la UAM-I– tuvimos el privilegio de incursionar con él en el trabajo de campo y aprendimos a explorar el mundo campesino. Algunos de nosotros seguimos neciamente intentando descifrar la compleja y diversa realidad de las áreas rurales de nuestro país.

Su herencia sigue vigente en el interés de entender las transformaciones del mundo rural hoy en día.

*Ana Paula de Teresa*



# Presentación

*Lo que es hoy en día fascinante es la idea del carácter, en parte reversible en el plano económico, de hechos que parecieran históricamente irreversibles.*

Suzanne de Brunhoff (1986)\*

**L**a visión del campo que se ofrece en este número de la revista *Alteridades* resulta sumamente heterogénea. Se incluyen trabajos que abordan desde las nuevas políticas del Estado en el terreno de los mercados de granos hasta el problema de la territorialidad simbólica y los derechos indígenas en Oaxaca, pasando por los efectos de la desincorporación de las empresas paraestatales en la rama del tabaco, la historia del uso del suelo en una comunidad de La Montaña de Guerrero y el problema de las relaciones jerárquicas intragenero en la agroindustria del tomate en San Luis Potosí. Así, el conjunto de trabajos trasciende el ámbito de lo agrícola y de lo agrario para adentrarse en los procesos que están transformando el espacio rural.

En el pasado reciente el principal problema para las ciencias sociales con relación al campo fue entender los procesos de subordinación de la producción campesina al modelo de acumulación de capital y con ello el destino de los pequeños productores agrícolas en el contexto de la industrialización y modernización económica. Ahora se intenta capturar la dinámica de la sociedad rural mediante la comprensión de los múltiples factores que la están transformando. Este cambio de perspectiva surge de una ruptura, de una reorientación de las tendencias originado en el mundo real de los procesos productivos, de las formas de organización socioeconómicas y de las manifestaciones culturales.

En este proceso, la crisis aparece como una especie de hoyo negro que se tragó el viejo modelo y desde donde comienza a emerger algo que todavía no tiene nombre. Después de 25 años de mantener una política centrada en la privatización de los organismos estatales, orientados al medio rural con el fin de ahorrarse el gasto y la inversión pública para el fomento, la agricultura en general –y el sector campesino en particular– han perdido importancia como generadores de bienes alimentarios, materias primas y divisas.<sup>1</sup> El valor del producto interno bruto (PIB) agropecuario y forestal, medido en kilogramos per cápita, disminuyó 14.3 por ciento entre 1981 y 2001, la producción de los ocho principales granos fue 22 por ciento menor y los maiceros perdieron 56.2 por ciento de su poder adquisitivo. Sin embargo ese declive no ha llevado a los campesinos a dejar de sembrar maíz y en el país se siguen destinando 8 millones de hectáreas para la siembra del grano.<sup>2</sup>

Magda Fritscher Mundt presenta en este número un artículo titulado “Reorientación de la acción estatal en el campo mexicano: un balance del periodo 1989-1993” que nos ayuda a entender los vaivenes de las nuevas políticas del Estado en cuanto a los mercados de granos como una respuesta a las acciones de resistencia de los grupos afectados. En síntesis se plantea que en los últimos tres sexenios (el de Carlos Salinas, el de Ernesto Zedillo y el de Vicente Fox) la respuesta a la crisis de la producción agropecuaria se ha centrado en dos aspectos:

\* *L'heure du marché, critique du libéralisme*, Presses Universitaires de France, París, 1986, traducción mía.

<sup>1</sup> Según José Luis Calva la inversión rural disminuyó 96 por ciento durante el periodo de 1981-2001 y el gasto se redujo 83 por ciento en el mismo lapso en “El agro mexicano frente a la nueva ley agrícola estadounidense y la ronda de liberalizaciones del TLCAN”.

<sup>2</sup> Reportaje / “perfil del campo mexicano” en *La Jornada*, lunes 3 de enero del 2005.

- 1) Las políticas de tipo asistencial y de combate a la pobreza dirigidas a los heridos de la guerra económica a través de programas tipo el Procampo, cuyo fin es apoyar a los productores en función de sus ingresos y no de su productividad.
- 2) Las políticas de reforzamiento en el dominio de la tecnología, la inversión y la comercialización hacia los productores con potencial productivo, recurriendo a programas como el de Alianza para el Campo, que pretendió en un principio lograr una regulación de la actividad económica por los mercados internacionales.

Al final del análisis, Magda Fritscher sostiene que la apertura agrícola en condiciones de desventaja para México agudizó la condición precaria de los productores vinculados al mercado interno. Dados los riesgos del colapso social y político en caso de la no intervención, las instancias oficiales se han visto obligadas a ocupar un lugar en la reorganización de los mercados agrícolas. No obstante, en la actualidad, los apoyos brindados son más restringidos y selectivos que los del pasado, beneficiando tan sólo a los agricultores con mayor potencial productivo en regiones específicas –las zonas del norte y noroeste– generando fuertes distorsiones sobre la estructura productiva del país. Favorecen, así, a un grupo restringido de cultivos, en especial al maíz blanco, induciendo el monocultivo y volviendo a México dependiente de las importaciones de una gran variedad de productos, lo cual ha implicado vulnerar la seguridad alimentaria del país.

En cuanto al desempeño del sector privado en la producción agropecuaria el artículo “Concentración de tierras, eficiencia y productividad en la rama del tabaco: un experimento fallido de los noventa”, de Horacio Mackinlay, nos ofrece un estudio sobre los efectos de la desincorporación de Tabacos Mexicanos (Tabamex), empresa creada en 1972 y desincorporada en el transcurso de 1990, permitiendo con ello que el Estado vendiera y transfiriera a la iniciativa privada los activos más importantes de la agroindustria tabacalera del país.

Al evaluar el desempeño de la iniciativa privada en la producción de tabaco desvenado entre los años de 1990 y 2002, a cargo de los grupos Carso encabezado por Carlos Slim y Pulsar del magnate regiomontano Alfonso Romo, se discute el problema de la eficiencia y productividad entre las grandes empresas agroindustriales y los pequeños productores de tabaco asociados con ellas.

Aunque ambas empresas optaron por eliminar el sistema centralizado de las plantas de horno para el secado del tabaco e instalar hornos particulares en las parcelas de los productores, se diferenciaron notablemente en cuanto a la organización para la producción en el campo. Tabacos desvenados S.A. (Tadesa), del grupo Carso, se inspiró en el modelo “familiar” que no intentaba revolucionar el proceso productivo y decidió mantener el tradicional sistema de habilitación individual. Por el contrario, Agroindustrias La Moderna, del grupo Pulsar, adoptó el modelo “centralizado”, basado en una estrategia mucho más costosa e integral, consistente en asociarse con ejidatarios y con propietarios privados para compactar unidades productivas de un promedio de 65 hectáreas y formar así los llamados *módulos agroindustriales*.

A primera vista podría parecer que el modelo centralizado del grupo Pulsar era muy superior al modelo familiar de Carso; sin embargo, Horacio Mackinlay demuestra, al analizar los rendimientos del tabaco, que esto no fue así, pues considera la alta inversión efectuada por la primera de estas compañías y la mínima inversión realizada por la segunda. Agroindustrias La Moderna obtuvo un promedio de 1.85 toneladas por hectárea mientras que Tadesa obtuvo 1.71 toneladas. Esto es: una diferencia de tan sólo 0.14 toneladas por hectárea. Al comparar estas cifras con los rendimientos experimentados por otros países en el mismo lapso se destaca el hecho de que la privatización de la agroindustria tabacalera no rindió los frutos pregonados por los ideólogos del libre mercado.

Los resultados de la evaluación sobre el desempeño de la iniciativa privada en la producción de tabaco realizada por Mackinlay resulta doblemente preocupante si se considera que, mediante la agricultura de contrato, grandes empresas transnacionales como Cargill, Tayson, Bachoco, Pilgrims, Gigante Verde y Bird Eye, entre otras, empiezan a extender su dominio en los valles del campo mexicano.

Pero las pérdidas económicas no son las únicas consecuencias de las políticas aplicadas al sector rural. Una parte importante de la fuerza de trabajo del campo ha debido desplazarse fuera de sus

localidades de origen para solventar su subsistencia. Muchos de los pueblos del país sobreviven en el abandono debido a que sus habitantes emigraron a las ciudades o a Estados Unidos ante la imposibilidad de mantener a sus familias con la explotación de sus parcelas. Los pueblos reducidos a una población de mujeres, niños y ancianos, siguen cultivando la tierra para el autoabasto con base en la mano de obra femenina e infantil. Cada día más adultos y jóvenes buscan trabajar fuera de sus lugares de origen para subsidiar el consumo de sus hijos, padres, hermanos y abuelos, lo cual ha alterado de forma significativa el tejido social de las comunidades y de sus familias.

Se estima que 50 mil productores son desplazados de sus tierras cada año y los municipios rurales presentan una caída en su población de 20 por ciento.<sup>3</sup> Por su parte, de los más de 20 millones de mexicanos residentes en Estados Unidos, 9.2 millones declaran haber nacido en México y el resto tiene algún grado de ascendencia de origen mexicano, lo cual implica que alrededor de 10 por ciento de la población contabilizada en el censo de población de 1990 ha establecido su lugar de residencia fuera del país.<sup>4</sup>

La creciente migración de mexicanos hacia Estados Unidos elevó el monto de las remesas al país a un record histórico de 15 mil 178 millones entre enero y diciembre del 2004, convirtiéndolas en la principal fuente de divisas para México.<sup>5</sup> De esta manera, las remesas constituyen el principal factor de reducción de la pobreza y una de las fuentes de financiamiento para las familias que viven en un contexto de desempleo. Así, los migrantes transfieren una suerte de “impuesto transnacional” de lucha contra la pobreza a sus propios salarios, lo que los obliga a vivir por debajo de la norma social de su entorno. Esto es: hacinados, cumpliendo jornadas extenuantes, sin acceso a servicios de salud y educación pública, etcétera.

En el estudio de caso que presentan Virginia Cervantes y quien esto escribe, “Historia de uso del suelo en la comunidad de San Nicolás Zoyatlán, Guerrero”, se muestra cómo la migración ha jugado un papel fundamental en la lucha emprendida por los indígenas de esa localidad por recuperar sus tierras de cultivo en un doble sentido: 1) la apropiación física del territorio y 2) la recuperación de la fertilidad del suelo para la siembra de granos básicos. Al respecto se plantea que la clave de las estrategias tejidas por los productores para este fin ha sido el desempeño de actividades extraprediales. En vez de disolver las bases de la organización comunitaria, la migración de la mano de obra familiar es lo que permite explicar la permanencia de esta comunidad.

La diversificación ocupacional es una consecuencia de la incapacidad de la producción agropecuaria local para asegurar la subsistencia. La venta de la fuerza de trabajo en el exterior ha generado el ingreso necesario para financiar tanto la compra de parcelas y la siembra de los cultivos de subsistencia como para garantizar los periodos de descanso que exige la restitución de la fertilidad del suelo. Así, paradójicamente, es la diversificación del trabajo familiar –en actividades agrícolas, no agrícolas y de migración– lo que, en última instancia, ha hecho posible la reproducción de la sociedad y la cultura campesina en Zoyatlán.

Desde el punto de vista local, el cultivo de la tierra no sólo asegura el abasto alimentario básico, sino que permite que las familias cuenten con pequeños excedentes de maíz para la cría de animales de traspatio o el intercambio económico y social. En este contexto, la migración temporal ha permitido reducir la presión sobre el uso de los recursos naturales y, a través del envío de remesas, ha canalizado dinero para invertir en la agricultura así como en el consumo básico no alimentario de la población.

Con todo, aun en este caso, es imposible dejar de preguntarse hasta qué punto la combinación de actividades y la intensificación del trabajo familiar constituyen una alternativa para mejorar las condiciones de vida y de trabajo de los pobladores de Zoyatlán. Pareciera que la diversificación ocupacional ha logrado, hasta el momento, dar continuidad a la subsistencia de la población local sin

<sup>3</sup> Reportaje / “perfil del campo mexicano” en *La Jornada*, lunes 3 de enero del 2005.

<sup>4</sup> Datos del informe Banamex-Citigrup, diciembre 2004.

<sup>5</sup> De acuerdo con los datos del Banco de México el valor de las remesas supera al flujo de recursos que ingresan al país por turistas que vienen del extranjero; equivalen a cuatro quintas partes de lo captado por exportaciones de petróleo y representan el 3 por ciento del PIB. Reporte del 6 de enero del 2005.

que se rompan las redes sociales de pertenencia y de solidaridad entre los miembros que se quedan a cultivar la tierra y los que salen a trabajar fuera de la comunidad. Sin embargo no parece que esta estrategia pueda sostenerse en el mediano y largo plazo. Los indicios encontrados sobre el envejecimiento de los jefes de familia y la falta de reemplazo generacional, aunados a la diferenciación socioeconómica que paulatinamente se instala entre las familias con migración y sin ella, revelan las profundas transformaciones que está viviendo la sociedad rural tradicional.

En el polo norteño del territorio nacional, el trabajo de Isabel Mora presenta la otra cara del nuevo tipo de relaciones de trabajo que se desarrollan en el medio rural. En esta región la agroindustria ha logrado implantar su presencia, multiplicando las actividades manufactureras y de servicios enclavadas en el campo gracias al desarrollo de distintas formas de contratación y de subcontratación de la mano de obra. En este proceso las poblaciones se desplazan de las zonas rurales hacia las ciudades –o de las ciudades al campo– logrando con estos movimientos desdibujar simultáneamente las antiguas fronteras entre campo y ciudad y la separación tajante entre los distintos sectores productivos. En apariencia, el fenómeno de la diversificación ocupacional constituye un nuevo punto de articulación de la dimensión rural con la urbana. El intercambio de productos como forma privilegiada de relación en estas dimensiones es sustituida por el desplazamiento de los trabajadores.

En el artículo “Ellas vinieron a enseñarnos. Relaciones jerárquicas intragénero en el trabajo de la agroindustria”, Mora nos muestra cómo a partir de la implantación de los empaques de jitomate de origen sinaloense en el Valle de Arista, San Luis Potosí, se impuso una nueva cultura laboral basada en diferencias genéricas y jerarquizadas por actividad y espacio de trabajo. Se aprendieron nuevos oficios y se propició una segmentación laboral vinculada con la división del trabajo por sexo, edad, condición étnica, calificación y experiencia.

Los empaques mecanizados introdujeron las tecnologías usadas en Sinaloa desde los años sesenta. Con su instalación llegaron también trabajadores de esa entidad para trabajar y enseñar a la gente local los oficios referidos al embalaje de jitomate. La mecanización introdujo una rígida división de tareas bajo el esquema fordista de cadena de montaje. El funcionamiento del mercado de trabajo local se modificó a través de procesos de indigenización, infantilización y feminización del trabajo. Los supervisores y encargados eran hombres provenientes de Sinaloa y los trabajadores especializados en las tareas del empaque eran mujeres, también sinaloenses, con alta experiencia. La población local fue contratada para hacer las tareas peor pagadas como el rezago (selección del jitomate por tamaño y color) que hacían las jóvenes locales bajo la enseñanza de las sinaloenses.

Durante dos décadas las mujeres de Valle de Arista han interiorizado el referente sinaloense a través de la confrontación entre los códigos locales y el externo. En torno a los referentes de Sinaloa se han construido las nuevas identidades sociales y laborales en esta región, reproduciendo con ello el modelo agroindustrial de esa entidad.

Por último, desde la perspectiva del uso y manejo del espacio, el artículo de Alicia Barabas “La territorialidad simbólica y los derechos territoriales indígenas: reflexiones para el Estado pluriétnico” llama la atención sobre el posible valor legal de la geografía simbólica como dato para la demarcación de los etnoterritorios. En esta perspectiva, destaca la importancia política que para los pueblos indígenas puede tener el hecho de utilizar sus propias representaciones sobre el espacio, a fin de obtener el reconocimiento legal de los territorios étnicos por parte del Estado nacional.

Tomando como referencia el estado de Oaxaca, que en principio cuenta con una de las leyes más avanzadas sobre derechos y cultura indígena en México, la autora señala que esta legislación no presenta ningún avance relativo al usufructo y control de los recursos del medio natural, ni respecto de los procesos de delimitación de los futuros territorios de los pueblos y comunidades indígenas. Así, uno de los principales problemas radica en que se confunde la tierra –en cuanto medio de producción– con el territorio –entendido éste como el ámbito espacial, histórica y culturalmente apropiado por un pueblo.

A partir de una revisión de los cambios sufridos en la noción de territorio, desde la época prehispánica hasta la actualidad, se plantea que la legislación agraria nacional –producto de la Revolución de 1910– aplicó una noción asociada con las demandas campesinas y no con las reivindicaciones

étnicas, generando la fragmentación de los territorios étnicos en ejidos, tierras comunales y privadas. Por su parte, las distintas regionalizaciones han congregado o dividido ámbitos espaciales y culturales de acuerdo con factores económicos, ideologías políticas, proyectos estatales o intereses de grupos de poder sin considerar criterios culturales y étnicos. La fragmentación en varias unidades político-administrativas (localidades, municipios, distritos y regiones) implica una restricción en la conciencia de *Pueblo*, y en el ejercicio de autonomía territorial, política y económica.

Con la finalidad de que los pueblos indígenas, además de superar esta visión fragmentadora y discontinua de su realidad, pudieran contar con mayores elementos de negociación con el Estado nacional, se señala la importancia de la geografía simbólica como instrumento útil para la delimitación cultural de los territorios indígenas a modo de una integración de las concepciones, creencias y prácticas que vinculan a los actores sociales en el espacio.

Así, este número de *Alteridades* pretende mostrar la riqueza de temáticas que hoy en día pueden contribuir tanto al conocimiento como al debate en torno al campo mexicano.

Adicionalmente, los artículos de la sección dedicada a la investigación antropológica abordan desde perspectivas diferentes el tema de la cultura política. El de Héctor Tejera Gaona estudia con las herramientas de la antropología la relación entre ciudadanos e instituciones en el marco de los procesos electorales que recientemente se han dado en la capital del país; en particular se analizan las motivaciones y las expectativas que afectan la participación ciudadana en la vida política local. En el trabajo de Gabriela Kraemer Bayer, como parte de una investigación más amplia sobre las luchas autonómicas en cinco diferentes regiones del país, se aborda el papel que los maestros han desempeñado en los movimientos por la autonomía indígena en Oaxaca. Completan este número dos colaboraciones que revisan críticamente el estado de los debates acerca de dos temas de gran envergadura. El primero, de Francisco Javier Gómez Carpinteiro, se centra en las propuestas más recientes en torno a la renovación del trabajo de campo. A su vez, el de Francisco Ferrándiz y Carles Feixa expone los aportes relativos a las culturas de la violencia.

*Ana Paula de Teresa*